

haya podido pensar en cualquiera de estas cosas... ¡mi estrella está ya en el lagol

SUSANA.—Porque no sabes lo que te haces. Yo he encontrado un buen medio. En cuanto veo zarpar á una de esas bonitas luces, sólo le digo una palabra: ¡Felicidad! ¡La felicidad! Eso lo engloba todo ¿comprendes? La salud, el dinero, los éxitos de todas clases. La felicidad: no pido otra cosa.

ELENA.—¡Te contentas con poco! Esperemos que la alcanzaremos, tú y yo, en los límites de lo posible, aunque las estrellas no nos la prometan.

SUSANA.—¿Dónde alcanzaremos nuestra felicidad? ¿En el matrimonio?

ELENA.—¿Por qué no? Es lo más probable.

SUSANA.—¿En nuestros hijos?

ELENA.—También. En todo. Comprendo que seré feliz... Algo me lo está diciendo á voz en grito. ¿Y á tí no?

SUSANA.—Si; pero tengo miedo.

ELENA.—¿De qué?

SUSANA.—Del pasado, del porvenir, del presente, de lo que veo, de lo que se dice á mi alrededor, de lo que adivino. Tengo el presentimiento del dolor.

ELENA.—¡Tonta! La noche y las estrellas te impresionan. ¡Volvamos á casa, lea! Mañana, á la luz del sol no pensarás en eso.

SUSANA.—A veces pienso en ello durante la mañana y durante el día.

ELENA.—¿En qué, mujer? me pones nerviosa.

SUSANA.—En eso que tal vez no sea alegre: en la Vida. Ya ves: mamá está llorando todos los días y sin causa. ¡Pobrecilla!

ELENA.—Pues ha sido perfectamente dichosa durante toda su vida.

SUSANA.—Exacto. Y comprende que eso va á concluir. De ahí su tristeza. Se llora siempre, créeme, aun por haber sido feliz.

ELENA.—¡Bah! Ya llorarás cuando llegues á esa edad y tengas la cabeza cana. También tendré yo mi murria entonces. Nos enjugaremos los ojos mutuamente. Y eso no impedirá que volvamos, vacilantes, por la noche, á esta terraza para ver la noche estrellada, el Carro y el Camino de Santiago. ¡Toma! ¡Una estrella que pasa!

ELENA y SUSANA, *juntas*.—¡La felicidad!

SUSANA.—¡Si después de eso no la descolgamos!

LA VOZ DE UN CRIADO, *en la sombra*.—La señora Condesa ruega á las señoritas que vengán á tomar el té en el salón violeta.



EL AMOR DE LOS ANIMALITOS

EL PADRE

LA MADRE

JUANITA, 20 años

Juanita está á pique de perderse en sus ensueños, en su cuarto, con un chucho en las rodillas y un gatito blanco arrellanado al hombro, cuando su padre y su madre entran uno en pos de otro, con aire grave, sin la menor veleidad de broma.

JUANITA.—¿Sois vosotros?

EL PADRE.—¡Somos nosotros!

LA MADRE, *con una carta en la mano.*

—¿Sabes que nos ha escrito la señora de Saint-Honneur?

JUANITA.—¿Mi futura suegra?

LA MADRE.—Sí. Y ante todo, debo decirte que ya no es tu futura suegra. Nos escribe que se ha roto el matrimonio; que después de una conversación que

ayer tuvisteis su hijo y tú, es ya inútil seguir acariciando proyectos que nos encantaban á todos... En una palabra: no hay esperanza. Tu padre y yo nos habíamos interesado mucho por la realización de esta boda.

EL PADRE.—Sobre todo, yo.

LA MADRE.—Estamos furiosos, y tememos sobremanera que se te deba achacar la culpa del desastre. Por eso venimos á preguntarte qué significa todo eso.

EL PADRE.—Queremos datos, explicaciones.

JUANITA.—¿No os las dá en su carta la señora de Saint-Honneur?

LA MADRE.—Sí y no, Hay unas frases vagas, para nosotros en gringo... «Manifesta incompatibilidad de humor entre los muchachos...» ¿Qué significa eso?

EL PADRE.—Antes, al contrario, parecíais gustaros mucho.

JUANITA.—¡Ya doy en el clavo!

EL PADRE.—¡Ah! ¡Es gran fortuna!...

LA MADRE.—Habla: estamos ansiosos.

JUANITA.—Ha sido á causa de los animalitos.

EL PADRE.—¿Qué estás diciendo?

LA MADRE.—¿Qué animalitos?

JUANITA.—Los animalitos, los míos... Todos los animales en general y en particular.

LA MADRE.—¿Tienen que ver algo con tu boda?

JUANITA.—¡Oh, tienen que ver enormemente! Dejad que os entere.

LA MADRE.—Adivino que habrás incurrido en alguna sandez, y no será la primera, hijita. Tu amor inmoderado de los animales nos ha causado ya un sin fin de molestias.

EL PADRE, *á su hija*.—Cuenta (*A su mujer*). No la interrumpas.

JUANITA.—Fué ayer el primer día en que el señor de Saint-Honneur se vió autorizado para hacerme la corte con toda regularidad; y fuísteis tan amables que permitísteis que anduviéramos algo solos, de arriba abajo de la estancia. Ya me conocéis, y podéis suponer que tenía un interés urgentísimo en hablarle de los animalitos y preguntarle si le gustaban.

LA MADRE.—¡Preguntarle eso á un novio!... Hijita, eres lo más inoportuna...

EL PADRE, *á su hija*.—¿Qué te respondió?

JUANITA.—Me dijo que no los detestaba...

EL PADRE.—¡Magnífico! Estuvo muy amable; no había más que pedir.

JUANITA.—A mí eso me pareció anodino. Le propuse enseñarle los míos.

LA MADRE.—¿Tus qué?

JUANITA.—¡Mis animalitos, Señor!

LA MADRE.—¡Pero qué opinión se habrá formado de tí!

JUANITA.—Aceptó muy cortesmente. Se los he enseñado todos; le presenté á mi pequeña sociedad. Vió á Bellotte, el gato Patapón, mi codorniz, mi tórtola, mis treinta pájaros de las Islas, mis pececitos rojos y la tortuga Olimpia. Y aún tomó á Olimpia en la mano y le dijo dos ó tres palabras corteses que resultaron vanas porque Olimpia estaba ayer muy rara... Ya lo había notado yo desde la mañana; inclinaba su cabecita á la izquierda... tenía algo anormal...

EL PADRE.—Abrevia, abrevia, deja en paz á Olimpia.

LA MADRE.—Pues me parece que ese joven estuvo amable sobre toda ponderación. Muchísimos, en su lugar, no se hubieran mostrado tan complacientes.

JUANITA.—Aguarda un poco, mamá. Después de la visita le hablé con toda franqueza de mi amor hacia los animalitos.

EL PADRE.—Por variar.

JUANITA.—Y he aparecido á sus ojos bajo mi verdadero aspecto: ridícula, enojosa, con aires de solterona, coleccionista de animalitos, casi animalita por comunicación. Resumiendo: estuve sincerísima, y le he confesado que había que tomarme tal cual soy... ó dejarme, porque cuantos intentaron curarme, perdieron el tiempo y la saliva.

EL PADRE.—¿Qué te decía él, en tanto?

JUANITA.—Me escuchaba y palidecía.

LA MADRE.—¡Pobre muchacho! Tal vez te amaba apasionadamente, en cuyo caso debió de padecer lo indecible.

JUANITA.—Consuélate; ya se restablecerá. Cuando llegué al término de mi confesión, deduje de ella dos advertencias: «Así pues, caballero, no quiero cogerte de sorpresa, y señalo, desde ahora, mis condiciones. Si usted me ama, y tiene verdadero interés en que lleve el nombre de señora de Saint-Honneur, es preciso que me deje adorar á los animalitos grotescamente, sin límites, puesto que ésta es mi enfermedad, y además, es preciso que también usted los ame, y no me contrarie jamás ni me cause la menor desazón sobre este particular. Una postdata: llevaré conmigo mi pequeña colección zoológica; no hay que decirlo. Por todos los tesoros no dejaría en casa á esos animalitos...» Entonces fué cuando ví que vacilaba y el cáliz le parecía amargo: «¿Quiere usted que conservemos todo eso en casa?—Todo eso, caballero. Reflexiónelo bien.» Sonrió y me respondió con amable talante: «Queda reflexionado, señorita,» como si diese á entender que consentía. Pero yo sospechaba qué clase de resolución había tomado; esto es, que se desprendía de mí y de mis insectos. Y ya veis que no me engañaba, puesto que esta ma-

fiana su excelente mamá nos dá las despachos.

EL PADRE.—¿Eso es todo?

JUANITA.—Eso es todo.

EL PADRE.—Entonces, la cosa no es grave. Y todo puede componerse.

JUANITA.—¿De qué modo?

EL PADRE.—Renunciando á tus animales; es el colmo de la sencillez.

JUANITA.—¿Yo renunciar?... ¿Abandonarlos?... ¡Jamás!

EL PADRE.—Oye.

JUANITA.—¡Para que mueran todos! ¡Que horror!

EL PADRE.—¿Quieres escuchar, cabezita loca? Déjalos ahí; los cuidaremos con la mayor solicitud.

JUANITA.—¿Quién? ¿Acaso darás la comida á Olimpia, de rodillas? ¿Y recostarás á la tortolilla en tu cama?

EL PADRE.—No. Claro que no haré semejante cosa. Pero...

JUANITA.—¿Pues quién?

EL PADRE.—Los criados.

JUANITA.—¡Soberbio! ¡No en mi vida! ¡No me casaré! ¡No quiero casarme! Déjadme en paz.

LA MADRE.—¿Olvidas que lo del matrimonio estaba adelantadísimo?

JUANITA.—Pues retrocedo. Ya he empezado á retroceder.

EL PADRE.—¿Qué tienes ya el anillo?

LA MADRE.—¡Una piedra maravillosa!

JUANITA.—Lo devolveré.

LA MADRE.—Nos contrarías terriblemente. ¿Eres ó no muchacha casadera? Santo y bueno que se quiera á los animales, pero hay que evitar que ese amor rebase los límites, incurriendo en locura.

JUANITA.—Reñidme; tenéis razón que os sobra. Pero si eso es una manía, al menos es inocente, y no perjudica á nadie.

EL PADRE.—Vaya; te perjudica á tí; te impide hallar marido.

JUANITA.—No volveré á buscarlo.

LA MADRE.—Pero nosotros lo buscaremos por tí.

JUANITA.—Si es así, halladme quien comparta conmigo esos gustos que merecen palos, esas debilidades, si queréis, pero que sea como yo. Si no es así, me quedaré para vestir imágenes, y viviré solita con mi colección zoológica.

LA MADRE.—¡Eres una niña mimada, una niña absurda! Veamos: ¿no te permitimos todos los caprichos? Empezaste por desear un perro; te lo dimos. Luego te encaprichaste con un angora...

EL PADRE.—Te lo dimos. Treinta francos me costó en la exposición de gatos. ¡Y rompe todas las cortinajes!

JUANITA.—¡En cambio, os quiero hasta la pared de enfrente!

EL PADRE.—Has tenido, sucesivamen-

te, varias aves... pequeñas, grandes y de todos los colores... ¡en una palabra, todo lo que se te ha antojado!

JUANITA.—¡Soy tan dichosa!... Y además, que no me disteis tampoco todo lo que se me antojó... ¡Acordáos del hermoso danés!

EL PADRE.—¡Oh, no pongas otra vez ese asunto sobre el tapete!

JUANITA.—Mi César, el magnífico César que mi tío me dió como aguinaldo y que me obligásteis á vender al cabo de ocho días... ¡Era tan bello, tan suave!

LA MADRE.—¡Tan suave! No lo dirás porque ignores la causa de nuestra prohibición. A pique estuvo de devorar á la abuela del propietario.

JUANITA.—No hubo tal cosa. Ella tuvo miedo y pegó un resbalón atroz, y bajó, rodando, diez y ocho escalones.

EL PADRE.—¡Sí! Y cuando fueron allí, atraídos por la batahola, encontraron á tu César disponiéndose á despedazar á la pobre mujer desmayada.

JUANITA.—¡Falso! Estaba sujetándola. Sin César no hubiese parado hasta la fachada. Ni un arañazo pilló. ¡Ah, nunca me consolaré de la pérdida de César!

EL PADRE.—¡No más César!

JUANA.—Y lo mismo digo del mono.

LA MADRE.—Eso, nunca. Mientras estés en casa, no tendrás mono en tu vida.

EL PADRE.—Es un animal innoble.

JUANITA.—No lo son los monos chiquitos, los ustitis.

EL PADRE.—Lo son todos.

JUANITA.—Parecen chiquillos.

EL PADRE.—Chiquillos mayores de edad. Hablemos de otra cosa. Y además, mira á tu alrededor, en la sociedad; las muchachas no tienen mono.

LA MADRE.—Cómpralo cuando estés casada.

JUANITA.—¡Quiá! Precisamente ayer le hablé de eso al señor de Saint-Honneur.

EL PADRE.—¿Le has hablado de un mono?

JUANITA.—Sí. ¡Pero hizo una mueca!

EL PADRE.—¿Cómo se lo dijiste? ¡Estoy temblando!

JUANITA.—«Caballero, debo hacerle una confesión: siempre he deseado ardientemente tener un mono; mis padres no han querido nunca permitírmelo, y me han dicho siempre:—Aguarda á tener marido; entonces poseerás uno.»

EL PADRE, *reprimiendo la carcajada*.—¿Se... se lo has dicho en esos términos?

JUANITA.—Sí.

LA MADRE, *sofocada*.—¡Qué grosería tan incalificable! ¡Ah, no me extraña que la boda haya fracasado!

EL PADRE, *estallando de risa*.—¡Oh!

¡Es demasiado cómico! Abrázame; ea, te adoro. Y mira; quiere á tus animalitos y quiérellos como mejor sepas, hija mía. En lo demás eres ejemplar. Y hay defectos muchísimo más graves. Pero, dime ¿me vas á querer más que á la tortuga?

JUANITA.—Te querré lo mismo.

LA MADRE, *suspirando*.—¡Ah, tu padre es demasiado débill! ¡Si fuese yo la que se pirrase por los bichos!...

EL PADRE, *á su hija*.—¡Bah, no te preocupes!... Te encontraremos un marido, paseándonos por el Jardín de Aclimatación. Un jovencito guapo que vaya á darles pan á las bestezuelas. Te encontraremos ese tipo.



LA OPINION DE LOS HERMANOS

PABLO FANOIS, 20 años

JULIO DE BAUGIS, 25 años

PEDRO ALLEREY, 30 años

OCTAVIO JUSSEUIL, 35 años

RENATO COUTERRE, 39 años

En una sala de fumadores Todo el mundo charla por los codos, bebiendo licor de 1893 y lanzando humaredas por la nariz.

BAUGIS.—¿Mi opinión sobre las muchachas, sobre la muchacha de nuestros salones?... ¡Ah! Razonadita la tengo, y os la voy á enjaretar.

FANOIS.—Nadie te la solicita.

BAUGIS.—Me es igual; yo me impongo. Pues bien, á mi, la tal muchacha, en una palabra... ¡me carga!

FANOIS.—¡Sublime! Tienes puntos de vista originalísimos, viejo Baucis.

BAUGIS.—Me carga porque me carga. Y cuenta es inútil que vista nuevos trajes, que se envuelva en blancuras, que levante los ojuelos hacia la Virgen, tenga un cuellecito y unos bracitos desnudos muy monos, muy lindos, y se parezca á una paloma; me carga. ¿Está eso claro?

ALLEREY.—Te estás repitiendo. Cuidado.

BAUGIS.—Los que pretenden que las respetemos, se equivocan grandemente. No tiene ni un luís de respetabilidad la chiquilla contemporánea. Es peor que la casada.

FANOIS.—¿Olvidas que tengo hermana?

BAUGIS.—Yo la tengo también.

ALLEREY.—Todos tenemos hermanas.

FANOIS.—Y son encantadoras. Claro está que Baugis las exceptúa.

FANOIS.—¡Cáspita! Estamos entre personas finas.

BAUGIS.—No seáis atunes. No se trata ahora de nuestras hermanas. Lindos juguetes de amor, gacelas encantadoras son nuestras hermanas, las hijas de mamá. No, me refiero á las demás, á las del montón. Hablemos seriamente: ¿qué atractivo les halláis á esos falsos mamíferos? Son torpes y feas.

FANOIS.—Las hay seductoras.

BAUGIS.—No tal; no están formadas todavía; no han pasado del esbozo del seno y las caderas; y en cuanto á lo espiritual,

una de dos, ó tontas de capirote ó desvergonzadas como simios. Cuando no ejercen de niña ejercen de moza. No hay término medio.

COUTERRE.—Mil perdones; pero existe también la muchacha. Y entonces resulta una obra maestra.

FANOIS.—¡Oh, basta!

BAUGIS.—¡Baldonadle!

ALLEREY.—Couterre va demasiado lejos. Pero tú, Baugis te detienes á la mitad del camino.

JUSSEUIL.—Exageráis los dos.

FANOIS.—Pues yo voy á deciros para qué sirve la muchacha.

COUTERRE.—Para casarse, para proporcionar al mundo buenas mujeres y buenas madres.

FANOIS.—¡Qué atrocidad! ¡Estúpidos! ¡Su fin es harto más *chic*!

COUTERRE.—¿Pues cuál es?

FANOIS.—Las muchachas nos sirven de ensayo. Uno aprende con ellas á flirtear y á amar en broma, sin consecuencias, aguardando la época ulterior en que se dedicará seriamente á las verdaderas mujeres, á las mujeres casadas. ¿Comprendéis? Las muchachas constituyen para mí el período de los quintos en el amor. Una primera etapa anterior á las grandes maniobras que haremos luego con las mujeronas y á la guerra sangrienta con las damas.

BAUGIS.—Ingenioso. Sabrosillo. P61-vora sin humo.

FANOIS.—Tal es, según opina mi humilde señoría, la única y exclusiva importancia de la doncella sonrosada en nuestra época. Constituye nuestro primer paso hacia las aventuras, un paso honesto, un paso muy bonito...

ALLEREY.—Un paso en falso.

FANOIS.—Fuera de esto las muchachas son una raza inútil, muy cara para los padres, y que les causa las más crueles desazones. Yo, si alguna vez me caso, y se me ocurre reproducirme, deberé componérmelas para tener sólo másculos, porque si llueven hembras...

ALLEREY.—¿Qué harás de ellas?

FANOIS.—¡No sé! Las venderé, las perderé, las abandonaré en un vagón dentro de un bolso. ¡Nada de hijas, Dios mío!

ALLEREY, á Fanois.—Concluyamos. Tú no las quieres. A Baugis le cargan. A mí me sucede otra cosa: las temo. Me parece que no hay nada más horrible que esa criaturilla tan extravagante, tan compleja, á la vez sencilla y monstruosa, cínica y cándida, feroz y buena, casta y sensual, caritativa y burlona, franca y socarrona, capaz é incapaz de todo, frívola y seria, egoísta y abnegada, angel y demonio...

BAUGIS.—¡Basta! ¡Balancín! ¡Aserradora mecánica!

JUSSEUIL.—¿Has terminado?

ALLEREY.—Describo á la muchacha.

BAUGIS.—Rebosas, te desparramas. Ya basta.

ALLEREY.—¡Hombre! Desarrollaba mi idea.

BAUGIS.—Pues arróllala y en paz. (*A Jusseuil*). Vamos á ver, querido Jusseuil; tu ágil pupila chisporrotea; eso significa que acaba de surgir una idea en tu cabezota. ¡Ea! Procura ponerla de pie.

JUSSEUIL.—¡Oh! Conocéis de mucho tiempo á esta parte mi idea sagrada, mi idea querida.

ALLEREY.—Sé decente en tus asociaciones de palabras.

JUSSEUIL.—... y no es necesario que á propósito de las muchachas os la vuelva á servir.

FANOIS.—No importa; es un plato exquisito de que no nos cansamos.

JUSSEUIL.—Bromead cuanto queráis; no me cambiaréis en un ápice. Sólo comprendo una cosa en este planeta: el celibato. La muchacha no acierta pues á despertar en mí más que un interés mediocre. Me declaro enemigo de la mujer y de los niños, del matrimonio y la maternidad. Casarse es un crimen; engendrar, otro crimen. Dar la vida es lo más cruel, la más detestable acción que conozco. Dar la vida es peor que quitarla.

COUTERRE.—¿Prefieres al padre el asesino que le rompe á uno el alma?

JUSSEUIL.—Sí, porque tiene una razón poderosa y personal para hacerlo... mientras que el otro... En fin, dejemos esto; comprendo que me enojaría, y no quiero. Tengo empeño en vivir en paz con mis pequeños y excelentes camaradas.

FANOIS.—¡Excelente Jusseuil! ¡Traivioso, adorado, paradójico, te veneramos! Y ahora te toca el turno, Couterre. Suelta un discurso familiar; procura ser elocuente como un cura de cuaresma y llénanos de unción, hombre admirable.

BAUGIS.—Nos ves á todos pendientes de tus labios de oro.

COUTERRE.—Intentaré pues catequizaros, imbéciles ovejas. No columbráis nada, pero nada, de la muchacha. Es lo más bello que hay en la tierra y quizá en el cielo, pues los ángeles se le parecen terriblemente. Merece acá bajo altas, letanías, una adoración especial. Es la flor humana por excelencia. Y es también la perla, la estrella y la mariposa; y es también la suma de todas las piedras preciosas, el más raro joyel de la corona. Y la reunión y fusión de todas las artes: el cuadro más exquisito, la estatua más esbelta, el más aterciopelado pastel. Y es además la música animada, realizada, personificada, la me-

lodía y la armonía, la eterna y divina romanza.

BAUGIS.—¡Qué gazpachol

COUTERRE.—¡Cállate, bruto! La muchacha es la perdurable representación de los veinte años: es la imagen de los veinte años cuando no los tenemos todavía y estamos impacientes por alcanzarlos; es la alegría de nuestros veinte años ¡ay! cuando ya los hemos perdido. La muchacha es el retrato de nuestra felicidad, un retrato que no pasa, mientras nosotros pasamos. Si un gozoso rayo de sol ó un romántico rayo de luna nos han conmovido, aunque sólo fuese una vez, sería por estar en aquel instante una muchacha en el bosquecillo ó al borde del lago. Ella posee el primer latido de nuestro corazón, nuestra primera lágrima; será el aciano que se mezcla junto á nuestra vejez, os lo pronostico, y nos arrancará nuestra última sonrisa.

JUSSEUIL.—Perdón. Una sílaba. ¿Durará eso mucho tiempo todavía?

COUTERRE.—De diez á doce minutos.

BAUGIS.—¿Nada más? ¿No te sientes extenuado?

COUTERRE.—No.

JUSSEUIL.—Eres de acero. Continúa, padrecico. Bates el *record* de la muchacha.

COUTERRE.—En vuestra vida la mirásteis con detención; si tal hiciéseis, sen-

tiriais al instante que es la esperanza viva é incesante de cuantas dichas puede ocurrirnos, la garantía, la promesa casi cierta del amor, la única razón, en suma, para augurar bien de la vida y creer en la mujer antes de despreciarla y aún después de haberla maldito. Porque la muchacha cuida á los enfermos y cura las heridas causadas por sus hermanas mayores. Queredlas pues, hijos míos, aún burlándoos un poco de su conmovedora y provinciana ternura; ella es la deliciosa opereta de esta existencia, la dama blanca que vuelve siempre á errar sobre nuestras ruínas...

FANOIS.—Y que nos acecha.

BAUGIS.—¡Brrr! ¡Cuidado!

COUTERRE.—¿Sabéis lo que me encanta en ella?

JUSSEUIL.—No; no lo sospechamos.

BAUGIS.—Ya nos sentimos incapaces de pensar. Estamos aplastados.

COUTERRE.—Pues su misterio; ese prestigio enigmático y silencioso que se desprende de esas pequeñas esfinges, tan plácidas como temibles. A su lado, uno no se siente jamás seguro, no sabe de qué fiarse, con qué pie danzar, qué decir ó hacer. ¡Y eso me seduce! Y al mismo tiempo esa es la explicación de esos seres tan sencillos y que parecen tan profundos, la excusa de su aparente malicia. Las muchachas no están termina-

das, no están concluídas. Seres deliciosos pero incompletos, se hallan en un estado intermediario y transitorio, atraviesan una hechicera situación falsa, son entreveradas, semi-niñas, semi-enamoradas, semi-mujeres; y sólo el matrimonio primero, y luego la maternidad podrán acabarlas, formarlas.

BAUGIS.—Ó deformarlas.

COUTERRE.—Decid cuantas barbaridades queráis. Á mí nada me conmueve tanto como esa fatalidad que sobre ellas pesa, y que nos obliga á pedirles lo imposible, sobre todo, dadas nuestras actuales costumbres: que sean á la vez castas y doctas: avispadas y necias. Ni el diablo ni los santos resolverían el problema... ¡Ah, exquisitas infortunadas! Cuando las veo así, colocadas entre su niñez apenas transcurrida y su juventud que acaba de entreabrirse, en el umbral de esos grandes salones de la existencia, teniendo en pos tantas donosuras y delante tantos peligros, pienso, á pesar mío, en los sinsabores de todas clases—dinero, salud, marido, hijos, situación—todas las catástrofes morales que las acechan, que sólo aguardan una ocasión para precipitarse contra esas inocencias blancas y sonrosadas; pienso en los deberes, en los sacrificios, en las abnegaciones que probablemente serán su lote, en las lágrimas y las arru-

gas, las enfermedades, los embarazos, las muertes de niños, las lentas agonías antes del último suspiro... Y entonces... entonces me siento lleno de dolor y de compasión por esas lindas y frágiles estatuillas, y me digo:—¡Como! ¿Todo eso que hoy ríe y salta, son las viejas de mañana, son «ante-viejas», abuelas, próxima carne de dolor, víctimas inminente?—¡Pobrecillas! Paréceme verlas subir al tren que descarrilará en seguida, en el primer recodo. ¡Y las veo burlonas, coquetas, moviendo los ojos y el abanico, milagrosamente bellas, hasta el extremo de parecer que debe perdurar su belleza! ¡Pobrecillas! Se enamorarán. ¡Quién sabe! Tal vez ya lo estén, imaginándose que será para siempre, para este mundo y el otro, y que su amor se les devolverá centuplicado... ¡Ah, pobres, pobrecillas! ¡Quisiera que me fuese dado detener los relojes, volver las ampolletas, inmovilizar el tiempo para que esos breves instantes de su bienandanza presente durasen siglos!

JUSSEUIL.—¿Pero no gozas de semejante poder?

COUTERRE.—No. Os estoy aburriendo, miserables.

BAUGIS.—Nos adormeces blandamente. Nos meces.

ALLEREY.—Y se encuentra uno bien.

JUSSEUIL.—Pero ya basta. Cierra tu calorífero. ¡Y que el Señor Todopoderoso nos preserve de tus muchachas!

COUTERRE.—Te engañas. Que Él las preserve de vosotros.

